

**REVISTA**  
**DE LA**  
**UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ**

---

Tomo VIII

Lima, Noviembre-Diciembre de 1940

Número 8-9

---

## LA INFLUENCIA DE SAN FRANCISCO EN EL ARTE (1)

Por *GUILLERMO SALINAS COSSIO*

*Profesor de Estética y de Historia del Arte  
de la Universidad Mayor de San Marcos*

Pocas figuras del cristianismo despiertan más simpátia y ejercen mayor atracción sobre los hombres de todos los credos y de todos los tiempos, que San Francisco de Asís. Figura universal, habla un lenguaje que todos comprenden; profundamente humano, está cerca de cada uno; casi hay un San Francisco para cada admirador. "El conoce los caminos directos y secretos que conducen al corazón de los hombres y sabe ver con claridad en el fondo de ellos". Siempre en el plano de lo extraordinario, en él se reúnen, en venturosa conjunción, el hombre y el santo; el contemplativo y el paladín; feliz integración entre la poesía y la acción que frecuentemente se encuentra en la Edad Media, y que bastaría, por sí sola, para redimirla de la exclusiva y absoluta condenación con que a veces ha pretendido, tan injustamente, castigarla la historia.

La influencia que San Francisco ejerció en el arte de su tiempo, y sobre todo durante los dos siglos que le suceden, es la resultante necesaria de la sugestión que produce la persona del santo, y del ambiente poético en que se desarrolla su vida. No cabe duda que

---

(1).—Conferencia dada en la Academia de Arte Católico.

es San Francisco uno de los más artistas entre todos los santos. Su facultad imaginativa, la preferencia que él da, para ganarse a las almas, a la actitud que deslumbra y sugiere, a la simple persuasión del razonamiento discursivo, de la parábola a la dialéctica; su sensibilidad exquisita, y una cierta libertad de acción desconcertante que se manifiesta siempre en el plano arbitrario e imprevisto, dan a toda su fisonomía espiritual, los caracteres de un hombre que tiene la visión de artista para el magnífico espectáculo de la vida. "Vivia", dice Renán, "en un acceso de encantadora locura, en un perpetuo delirio de amor divino, un frenesí de alegría, en un carnaval de santidad". Su lenguaje era, además, simple y penetrante; amaba lo primordial y hacía tangible lo profundo. De él dice también Renán: "que conocía el estado de ánimo en que se forjan las imágenes primarias que sirven de base a la mitología y al lenguaje".

¿Cómo asombrarse que la vida del santo haya obsecado a tantos artistas? ¿Qué motivos más propicios a la interpretación plástica que su conversación con los pájaros, su diálogo con el hermano lobo? ¿Y qué decir de la impresión patética y deslumbradora que se desprende de muchas de sus actitudes; el dramático rechazo a la autoridad paterna o el gesto magnífico del beso al leproso; gesto sublime que está más allá de la sabiduría y de la prudencia, y que casi nos redime del beso traidor de Judas. Muchas veces la leyenda es ya un cuadro que sólo busca al intérprete que lo traslade al fresco. Llega la Navidad, el Santo de Asís no se contenta con los ritos usuales de la Iglesia; va en busca de un buey y un asno, escoge una gruta en su retiro de Greccio, forma un pesebre, reúne a los pastores, improvisa una procesión de campesinos, y él, a la cabeza de ellos, une los cantos sagrados con los cantares de su Provenza; danza alrededor de la cuna, frenético de alegría; bala como un corderillo, y al pronunciar el nombre del niño de Belén, sus ojos se llenan de lágrimas y sus labios parecen saborear un fruto maravilloso.

Pero no sólo influye el santo y la leyenda; también influye su ideario. Y al hablar de su ideario, evitemos desde el primer momento el equívoco; en San Francisco no hay un sistema, ni es él, el animador de una revolución. Ningún padre de la iglesia, fue menos sistematizador, ni menos teólogo o doctor que San Francisco; es misológico por antonomasia y ninguno más sumiso a la autoridad de la Iglesia que él, a pesar de las antojadizas e interesadas

interpretaciones de algunos de sus historiadores, empeñados en convertirlo en algo así como un remoto antecesor de la Reforma. En el ideario franciscano, como hemos de verlo en el curso de ésta disertación, no se rompe en ningún instante la continuidad de la tradición evangélica. San Francisco no aporta un pensamiento que revolucione el concepto cristiano tradicional; lo que hace es infundir un sentimiento nuevo, más fresco, más vivo, al ideal evangélico, que se pone así al alcance de todos.

Las grandes innovaciones en el arte, en general, se deben siempre; o a un nuevo concepto de la vida, que transforma las perspectivas espirituales; o a una revolución técnica. En el primer caso, el arte se vigoriza y da sus mejores frutos; en el segundo, degenera en un bizantinismo disolvente y pasajero. El advenimiento del cristianismo significó lo primero. Si al principio balbuceó torpemente, por falta de vocabulario propio, un idioma que le era extraño, poco a poco encontró el suyo, y en el arte gótico, como en el franciscano de los siglos XIII al XIV, cantó un himno maravilloso a la vida y a Dios, enriquecido por un afán de infinito desconocido hasta entonces.

El ideal cristiano primitivo, trasladó el centro de la vida de la realidad sensible del hombre y de la tierra, al ideal trascendente de la vida supraterrrestre de Dios y del Cielo. Las cosas de la vida tienen un nuevo sentido, porque valen ahora en función de las cosas del Cielo. El arte se hace trascendente y la expresión se transforma de realista, en simbólica, para poder expresar lo suprasensible y lo inefable. La gama de los sentimientos humanos se enriquece en el arte, con la angustia del misterio y del dolor, y con el consuelo de la simpatía y de la piedad. El dolor no es ya una catarsis depuradora a la manera aristotélica, sino un principio de redención. El espíritu se libera cada vez más de los lazos terrenales y la expresión artística espiritualiza la materia y la relaciona con lo absoluto.

San Francisco, integra esta concepción del arte cristiano, y al irrealismo místico trascendente del cristianismo primitivo, sin romper la dependencia de la tierra al cielo, crea un realismo místico trascendente, que reposa en el concepto fundamental de la unidad de Dios y del mundo. Todo amor terrestre no será sino reflejo del amor divino; toda cosa pasajera, servirá de imagen de las cosas eternas; y así la creación se convierte, en semblanza armoniosa y fiel de la divinidad. La realidad sublimada en la imaginación del

artista, participa de lo divino en cuanto participa de Dios. La naturaleza se hace intermediaria entre Dios y el hombre; en ella, y a través de ella, se siente y se ama a Dios. En la primera leyenda de Tomás Celano, se dice "que el amor de Francisco por Dios, se transportaba igualmente sobre las criaturas divinas y sobre la naturaleza entera. Todos los animales, los grandes y los pequeños, las plantas y las estrellas, el sol y la luna, Francisco las miraba como sus hermanos y sus hermanas. Sobre todos ellos se extendía su ternura", a las semillas y a las viñas, a las rocas y a los bosques, a todos los ornamentos de los campos, a las aguas que corren y a la verdura de los jardines; a la tierra, al fuego, al aire, a los vientos, a todos exhortaba Francisco, afectuosamente, para que amaran a Dios y lo alabaran con alegría. Y aquellos de sus hermanos encargados de proveer la leña, les prohibía derribar a los árboles por entero, para que les quedara la esperanza de poder rebrotar alguna vez; al hermano jardinero, le pedía que no removiera la tierra que rodeaba el jardín, a fin de que las hierbas y la belleza de las flores, pudieran hablar a todos de la belleza del Padre, y en el jardín de los hermanos, se hizo reservar uno pequeño para las plantas que florecen y que huelen bien, a fin de que su vista y su perfume, recordasen a todos la eterna belleza. Esto dice Celano.

Conviene detenerse un poco en el análisis del naturalismo franciscano para deslindar conceptos y evitar yerros. No han faltado entre sus ensayistas y biógrafos, quien hable de un nuevo panteísmo místico cristiano. Panteísmo y cristianismo son términos que se excluyen, como se excluirá siempre lo inmanente de los trascendente. El panteísmo es un sistema, una filosofía, una doctrina; el naturalismo místico de San Francisco, como todo misticismo, es sólo una experiencia, una experiencia de Dios al través de la realidad; una identificación que se expresa en forma poética y artística y en la que se rompe la valla entre la materia y el espíritu, para resolverse el dualismo a favor de este último.

El naturalismo místico de San Francisco, es ante todo y sobre todo identificación con Dios, y no identificación con la naturaleza. Es absurdo, no ver en él, sino al realista y olvidar al santo. No hay en el naturalismo franciscano lo que el profesor Iberico llama, con tanto acierto, reverencia cósmica; admiración y a la vez temor de lo abismal y misterioso, que se transforma a veces, en sublimación

trascendente de la imaginación, que busca consuelo a su desamparo; mucho menos puede verse en el sentimiento franciscano, un anhelo de confundirse con las vibraciones más recónditas de la vida cósmica. En San Francisco no hay terror ni hay angustia, como en el primitivo, ni anhelos dionisiacos; él se da a la naturaleza confiado y alegremente porque sabe que se da a Dios, y cuando proyecta sus más íntimos sentimientos en los objetos, no es en ellos que vive; vive en Dios. Max Scheller, lo ha dicho en forma insuperable: "San Francisco realizó el admirable ensayo de llevar a la unidad y a la síntesis de un proceso vital, la identificación acósmica personal, con la del ser, y la vida de la naturaleza; y no descendiendo, sino mirando a la altura del amor místico, de la misericordiosa piedad que posee el cristiano, y que se funde en una sola unidad con el amor místico de Jesús.

Las mismas ideas expresa, el notable biógrafo de San Francisco, Henry Thode, al hacer el paralelo entre San Francisco y Buda. Ambos se convierten a la santidad después de una vida de placer; ambos encuentran en la pobreza la liberación del espíritu; ambos dominan sus ímpetus materiales en la actitud contemplativa; ambos fundan conventos de monjes mendicantes; pero, ¡qué enorme diferencia entre ellos! Buda es un pensador que trata de buscar en sí mismo, las leyes eternas, y un universo perfecto que, se basta a sí mismo, y que se constituye por sí mismo; San Francisco es un místico y un poeta que se olvida de sí mismo, y en su fervor, se entrega enteramente al ideal del Hombre Dios creador y sostenedor del mundo. Y Thode agrega: "para uno, como para el otro, la realidad sensible ha dejado de existir; pero mientras el uno, se retira y se recoge en sí mismo, el otro renuncia a sí mismo, para proyectarse en Dios, más allá de la tierra. De Buda sentado a la sombra del árbol de la sabiduría, nada queda sino el pensamiento; de San Francisco sobre el Monte Averno, quedará siempre el sentimiento.

En los siglos XIII y XIV nuevas corrientes animan la vida espiritual. San Francisco las simboliza y las encauza. El sentimiento cristiano, robustecido y remozado al influjo del sentimiento popular renueva la vida social, política y religiosa. Reina algo así como un soplido de primavera que refresca y estimula la creación artística, que se hace más espontánea y más original. Lo que el monje predica, el laico realiza plásticamente. A la imagen puramente conceptual

sucede la imagen sensible. La leyenda evangélica pierde su lejanía y se actualiza. Se habla de Cristo, no como lo haría un historiador, sino como lo hace un testigo. La prédica franciscana, y sobre todo las encantadoras meditaciones de San Buenaventura, inspiran casi íntegramente la producción artística de este período, y se crea una iconografía, más humana y más sentida, para reemplazar a la ya caduca iconografía románica.

En los últimos tiempos, la crítica histórica ha rectificado la valoración de las épocas, y ninguna ha sufrido una disminución mayor en su prestigio, que el Renacimiento, considerado, hasta hace poco, como una revelación súbita y deslumbradora que provoca el repentino descubrimiento de la antigüedad clásica hecho en el siglo XV. Mejor orientada hoy la historiografía, y desechada toda valoración de las épocas históricas, referidas a las anteriores, y mucho menos juzgadas dentro del criterio actual, para verlas al través de la mezquina realidad del presente, se ha podido establecer la unidad orgánica que existe en todo el período comprendido entre los siglos XIII y XVI. Nada rompe esa continuidad, y el Renacimiento se desarrolla en dos etapas; una primera, caracterizada por el primitivismo primaveral y espontáneo de los siglos XIII y XIV, período que corresponde a la influencia franciscana; y la otra, por un perfeccionamiento formal debido a la asimilación que en arte se hace de los medios de expresión de la antigüedad, y que son el resultado de una experiencia milenaria. A este último período pertenecen los siglos XV y XVI, y constituyen los que la pedagogía clásica ha llamado propiamente, el Renacimiento. Pero ambas etapas está dentro del movimiento cristiano; no hay entre ellos ninguna variación sobre el concepto del mundo, de la vida o de la eternidad. Entre el Giotto, Massaccio y Leonardo o Miguel Angel predomina un mismo espíritu, que perdura al través de todas las etapas de este perfeccionamiento de los medios de expresión.

A San Francisco corresponde la preparación del ambiente propicio para que se realice la fusión de éstas dos épocas, y es a ese título que muchos historiadores lo proclaman hoy el precursor del movimiento renacentista.

Apenas muerto el Santo, los hermanos franciscanos continúan la prédica comenzada por el fundador. Más afectos que sus hermanos los dominicos a la vida urbana, multiplican sus templos en

aldeas y ciudades, creando un tipo de arquitectura noble y sencilla, que bien pueden considerarse como la iniciación del gótico en Italia. Las pequeñas iglesias de San Damián, San Pedro, y la Porciúncula en Asís, tan amorosamente reconstruída por el Santo y que tanto figuran en la historia de su conversión, pueden citarse como los primeros modelos de iglesias franciscanas. Pero el monumento más importante erigido por la orden, es la Basílica de Asís, santuario maravilloso que contiene la tumba del Poverello, y en la que se dan cita los admiradores de San Francisco de todas las razas y de todos los credos.

El conocido biógrafo Vasari, refiriéndose a la construcción de esta Iglesia cuenta: "que muy poco tiempo después de fundada la orden de los Hermanos Menores de San Francisco, confirmada en 1206 por bula del Papa Inocencio III, la veneración por el Santo y el número de sus hermanos creció tan prodigiosamente, que no había casi una ciudad o una aldea, por insignificante que fuera, que, a su propio costo y de acuerdo con la proporción de sus medios, no se afanase en construir iglesias y conventos para la nueva orden, y fue así como, dos años antes de la muerte de San Francisco, el hermano Elías, que era el guardián de Asís, hiciera construir una iglesia en honor de la Virgen. Como el proyecto exigía la intervención de un arquitecto eminente, y éstos hacían falta, después de largas reflexiones se hizo venir al mejor de todos aquellos que pudieron encontrarse en aquella época, y que era un alemán llamado Jaime. Y éste después de considerar la posición de la iglesia por edificar, y de enterarse del deseo de los hermanos, expresados en capítulo general, trazó el bello plan para la iglesia por construirse. Y he aquí, según Vasari, cómo se elevó este monumento,

Renovada la imaginación de los pintores, en la fuente vivificadora de una realidad ennoblecida por el sentimiento y la fe, se produjo una floración pictórica que en la Historia del Arte no ha tenido después paralelo, si se consideran sus infinitas proyecciones. Refrescada la fantasía popular y fortalecida la visión personal, cada uno decía su propia verdad y la naturaleza hacia a cada uno una confidencia distinta.

La fragancia que se desprende de la leyenda franciscana, de los relatos de Tomás de Celano, y el de los Tres Compañeros, embalsaman dos siglos de producción artística y sirven de comentario casi

exclusivo de la pintura durante ese periodo. La Vida de Jesús, gana en este nuevo arte, en contenido de emoción; y la Figura de la Madre de Dios, adquiere esa noble y atractiva sencillez, que distingue su iconografía, al través de los primitivos del XIII y del XIV y que tiene tan feliz prolongación en la imaginación refinada de Botticelli, y sobre todo en la beatífica de Fray Angélico, sublime poeta de lo íntimo, de lo humilde y de lo santo. El repertorio iconográfico del arte románico y bizantino, con modelos estereotipados y fijos, se trueca en uno nuevo, mucho más al alcance de un sentimiento religioso que ha reforzado su fervor y su entusiasmo.

Sobre la tumba del poverello revive todo el arte de Italia. Para la decoración mural de la Basílica de Asís se darán cita memorable, Cimabue, Cavallini, Giotto, Duccio, y Simone Martini. De esta colaboración fecunda y casi providencial, nacerá un nuevo concepto de la pintura, que corresponde a una nueva visión religiosa y artística. Dos siglos después, el milagro se repite en otra memorable cita de hombres también excepcionales, en la Capilla Sixtina, y en esta vez, el tono lo dará, el genio gigantesco y terrorífico de Miguel Ángel.

En el arte nuevo Cimabue es el precursor; pero el Mesías es el Giotto. Giotto aparece así, como una portada magnífica que cierra todo el pasado y abre perspectivas insospechadas a la pintura del futuro. Desde entonces hasta hoy, nadie venció más resueltamente etapas más lejanas ni mostró mayor audacia. Continuador, por instinto, de una tradición que ignora, rebalsa su época y anuncia el Renacimiento. El representa la conjunción admirable de la tradición armoniosa de la unidad orgánica que distingue al genio mediterráneo, con el sentimiento profundo que en las cosas divinas y humanas ha puesto el ideal cristiano.

Sus antecesores del siglo XII y XIII, han creado el vocabulario, en este descubrimiento amoroso que han ido haciendo de las cosas del mundo; pero la sintaxis y el estilo la ha puesto él, en forma perfecta y definitiva.

Con la leyenda del Santo, que los hermanos ponen en sus manos, renueva el Giotto, en la Basílica de Asís, la hazaña de hacer epopeya sobre un muro, a la manera que lo hicieron los griegos. Hazaña grandiosa que el genio humano sólo intenta con éxito en los

momentos supremos en que se renuevan los ideales o se transforma el concepto de la vida.

Giotto ha dado al arte de todos los tiempos, la lección admirable de un equilibrio perfecto, entre la expresión del sentimiento y la leal interpretación de la realidad; entre los impulsos de la libre creación y las exigencias de una composición disciplinada.

No quedaría completo el cuadro del arte en este período de predominio del ideal franciscano, si no hiciéramos mención justísima y elogio ardoroso de Juan de Pisa, el genial toscano animador del arte escultórico de su tiempo y que puso en sus creaciones en Siena, en Pistoia y en Pisa, la misma audacia, el mismo sentido humano, la misma fuerza y elocuencia, y el mismo fervor que inmortalizaron la obra de Giotto.

Y llegamos así al final de estas breves apuntaciones sobre la influencia de San Francisco de Asís en el arte. Tema que supera, en mucho, mi preparación y el tiempo disponible para ahondarlo como se merece. Yo bien sé que nada nuevo he dicho, y que hay muchos que lo hubieran hecho con más autoridad, conocimiento y amenidad; pero por lo menos habremos vivido algunos instantes siquiera, en estos tiempos angustiosos de repugnante y despiadada carnicería, en el clima espiritual saludable de un hombre tan humano, tan ampliamente humano, y a la vez, tan cristiano como San Francisco: de un espíritu que gozó del señaladísimo privilegio de vivir tan cerca de Dios y en intimidad tan estrecha con Él, que pudo verlo y palparlo al través de las cosas; de un espíritu tan vigoroso y fuerte que conoció la verdadera voluntad de dominio; la única que es cristiana; aquella, tan difícil de alcanzar, que sirve, como en Cristo o en San Francisco, para vencerse a sí mismo y sacrificarse por los demás; fuerza invencible porque es fuerza del espíritu y contra la cual nada podrán las invenciones de los hombres para destruirse; fuerza que San Francisco supo esgrimir para obligar a los ricos a renunciar a sus riquezas, a las mujeres a sus amores, a los extraviados a sus errores, y para obligar a deponer las armas al adversario.

G. SALINAS COSSIO.